

ANTONIO DOMÍNGUEZ ORTIZ: BIOGRAFÍA

Adela TARIFA FERNÁNDEZ*

"Si la solución adoptada en la Constitución no es la mejor, a lo menos es la que mejor compagina la unidad de España con el necesario autogobierno regional; [la organización territorial de España] creo que es una buena solución y quienes ahora sermonean por un cambio constitucional introducen un factor de discordia muy dañosa."

(Antonio Domínguez Ortiz, *Andalucía, ayer y hoy*)

LA VOZ VIVA DEL MAESTRO EN EL PRIMER ANIVERSARIO DE SU MUERTE.

Al cumplirse el primer aniversario de la muerte de don Antonio Domínguez Ortiz tuve por fin la valentía suficiente de volver a leer las numerosas cartas que recibí de él durante los años en los que la vida me regaló el privilegio de admirarlo como historiador y de conocerlo y quererlo como ser humano. Unas cartas que guardo como uno de los tesoros que conservaré mientras viva. Y eso que los objetos materiales que he decidido guardar se reducen progresivamente, pues cada año nuevo que arranco de la hoja del calendario consolido la idea de que conviene aligerar el equipaje que vamos acumulando en nuestro entorno cotidiano para evitar que éste se convierta un día en un pesado lastre que nos sujete a un único lugar y a unos únicos hermanos, impidiendo que caminemos libremente por el bosque por plantar nuestras raíces al lado de un solo árbol, al que con frecuencia convertimos en la única meta de nuestra vida. Un error que todos cometemos alguna vez, olvidando que alguna de esas metas, unas veces centradas en la posesión de bienes materiales y otras en el

* *Doctora en Historia Moderna y catedrática de Historia en el Instituto «San Juan de la Cruz» de Úbeda.*

logro de honores públicos, no son más que ataduras que limitan nuestra libertad.

Así, preparándome para volar a donde el destino tengan que conducirme, llevo años intentando aprender que la única felicidad posible radica en alcanzar paz interior y en no vivir dominada por miedos ni ambiciones falsas. Por ello voy entendiendo qué lastre material he de soltar llegado el momento del vuelo, y en qué lugar de mi casa está aquello que siempre viajará conmigo en la ligera maleta de mi vida. En ella ya he guardado esas cartas del Amigo y del Maestro, que valen mucho y pesan poco. También guardo en mi corazón el recuerdo de la imagen de don Antonio, de las largas conversaciones que mantuvimos, hablando de lo humano y lo divino con la confianza que da saber que ese parlamento tenía buen entendedor, y el eco de su voz tras el teléfono. Y su ejemplo. Todo ello, que casi nada pesa en mi maleta, me ha ayudado infinitamente a asumir una filosofía vital tan profunda como sencilla, que, como tantas otras lecciones, recibí en gran parte de los años de amistad que mantuve con un hombre sabio y bueno, que fue para mí Amigo y Maestro. Observándole comprendí que es importante reconocer dónde está lo imprescindible y dónde lo superfluo, en objetos y en afectos; que es fundamental mantener nuestros principios y no vender nunca el la dignidad, patrimonio del alma, donde reside la auténtica libertad; que es bueno saber que alguien, alguna vez y en algún lugar, intentará menospreciar a quien trabaja cada día y logra reconocimientos por ello, pues un envidioso nunca perdona el mérito ajeno; que es preciso equivocarse algunas veces, pero no se debe perseverar en el error ni alegrarse con los errores ajenos; que es sano reír un poco cada día, porque el humor fortalece la mente mientras que la ira apaga la luz de la inteligencia; que es importante ser generoso con los demás, asumiendo que las más de las veces recibiremos a cambio ingratitudes... De todo ello, y mucho más, hablé con D. Antonio durante años, hasta que se apagó su voz, bruscamente, un frío día de enero. Luego llegó para los que le queríamos el vacío. Llegó el miedo a volver a leer sus cartas, temiendo que la herida no se curase nunca, y hubo largos meses de silencio.

Pero la voz de D. Antonio no puede silenciarse por mucho tiempo y nos llama de vez en cuando para que no olvidemos lo que nos enseñó, con sus escritos y con su ejemplo. Él, que dedicó su vida a escribir libros de Historia, ya es parte de la historia de España. Y los ciudadanos de buena conciencia, aquella que no puede comprarse con dinero, debemos rescatar su voz y reivindicar que se divulguen sus libros, especialmente si llegan momentos cruciales en la historia española, como sucede en estos tiempos, cuando algunos políticos ponen en peligro la convivencia de todos y desean romper el difícil consenso nacido con nuestra actual Constitución después de tantos años de enfrentamientos. Hoy, mientras algunos gobernantes y gobernados nos muestran con, sus acciones y palabras, lo que no se debe hacer para caminar rectamente hacia un futuro de esperanza, la palabra escrita, imperecedera de este Maestro

de historiadores, su exacto conocimiento del pasado y su visión certera del futuro, se nos muestra como una tabla de salvación a la que sujetarse y como un referente obligado para que impere el sentido común y los españoles no cometamos los repetidos errores que nos han llevado tantas veces en el pasado al enfrentamiento, la división, el odio y el retraso económico.

Sí, Antonio Domínguez Ortiz, Amigo y Maestro, murió después de una larga vida vivida en la que eligió el mejor camino para llegar al último puerto sin dejar-nos huérfanos del todo. Su vida fue más larga de lo que duró, y duró mucho, porque en ella se dedicó a construir un legado inmenso: sus libros y pensamientos. Eso le llevó a la inmortalidad y le alejó de aquellos que se van sin haber vivido, pues, como dijo Quevedo, mejor vida es morir que vivir muerto. Sí, para D. Antonio, el Maestro, la muerte no fue el último acto de la vida porque dedicó su vida a escribir Historia y dejó en el aire tantas respuestas como preguntas, avisando a las generaciones venideras de los peligros que encierra creer que los errores del pasado son en sí mismos una vacuna para el futuro, pues la memoria histórica es bien corta en los seres humanos.

Por todo lo expuesto, mientras recuerdo la voz viva del Maestro que murió el pasado mes de enero, considero fundamental que los españoles leamos una y otra vez lo que él nos quiso enseñar, porque era un hombre sabio y bueno que fue testigo de un siglo reciente de nuestra historia y un excelente notario del ayer. Así, cada nuevo día que leo en la prensa lo que sucede en nuestra España, considero más urgente rescatar la voz de un historiador español y universal llamado Antonio Domínguez Ortiz y llevar a todos los pueblos y ciudades de España la esencia de su mensaje, que dejó escrito en ese magistral testamento histórico que nos legó pocos años antes de morir, en su libro, *España. Tres milenios de historia*. En consecuencia entiendo que habría que pedir a quienes tengan competencias en el tema, que hagan posible que ese libro llegue a todos los ciudadanos de este país, como llega la propaganda electoral, acompañada la obra de un ejemplar de nuestra actual Constitución, que ahora cumple 25 años. Acaso de ese modo, por un precio módico, podríamos asegurarnos un futuro en paz. Acaso así, recuperando la memoria histórica que algunos españoles parecen haber perdido, se evitarían espectáculos políticos nada edificantes para los jóvenes y muy peligrosos para todos los ciudadanos, porque hay quienes quieren abrir la caja de los truenos de aquellas Españas ancestralmente enfrentadas, y ello les resulta bastante fácil ahora, dado que la Historia ha dejado de ser una asignatura importante en los actuales planes de estudio de Secundaria, y porque algunos políticos han olvidado que para hablar bien, hay que hablar veraz, y algunos usan demasiadas palabras para no decir casi nada.

Antonio Domínguez Ortiz, que tanto conocía la condición humana, no abusó de la palabra, pues dedicaba más tiempo a pensar que a predicar y sabía que no se precisan muchas palabras para decir grandes verdades. Tampoco usó nunca su pluma en vano, pero habló y escribió libremente siempre que tuvo algo importante que decir. Por eso sé que si hoy estuviera entre nosotros, honrada-

mente, con valentía, pondría su voz y su pluma para advertir del peligro que implica olvidar que nuestro presente esperanzado se sustenta en la suma de un largo y complejo pasado cargado de errores, que no debemos ignorar. Sí, si D. Antonio no hubiera buscado descanso para su gastado cuerpo en la casa del Dios en quien él creía, seguiría escribiendo y hablando públicamente de todo ello; pero, aunque se fue aquel oscuro día de enero, nos dejó sus escritos como una herencia valiosa, y sus pensamientos, como un tesoro que cabe en cualquier maleta. Una herencia de paz, de amor, de sabiduría, que predicaba y practica el Maestro, y que nos legó trabajando hasta el último día de su vida en una vieja máquina «Hispano Olivetti», testigo de sus largos días y cortas noches, en la que quedó colgado el último folio, esperando su pulso. Pero ya no latía.

Cuando se acerca el aniversario de aquella despedida creo que ha llegado la hora de que empiecen a cicatrizar las heridas del dolor por el amigo que se fue después de haber vivido como había elegido, y de reconfortarse sabiendo que murió, antes de lo que él y nosotros queríamos, pero como queríamos, pues más triste que morir es la manera de morir. Hoy rindo un homenaje de amor y respeto al Maestro imaginándolo donde sé que él quería descansar, junto a su Dios, y vuelvo a leer las cartas del Amigo desde la paz interior que él me enseñó a buscar y a valorar. Hoy creo que hay que sustituir las lágrimas por el recuerdo y el testimonio de vida que D. Antonio nos legó. Hoy, cuando en los centros de enseñanza se estudia poca Historia de España, hay que dar la voz a este insigne Catedrático de Instituto que quiso cubrir ese vacío escribiendo su libro *España. Tres milenios de historia*, en el que afirmó, entre otras grandes verdades, que “el vacío que deja la ausencia de una auténtica enseñanza histórica en los actuales planes de enseñanza obligatoria, en cuya parte general (...) aparece una Historia Contemporánea que se supone es lo único que debe aprender nuestra juventud”¹. D. Antonio, descanse en paz. Usted sabe que, donde quiera que la vida me coloque, siempre guardaré sus cartas, leeré sus libros, y lo llevaré en el corazón.

UNA BREVE BIOGRAFÍA DE ANTONIO DOMÍNGUEZ ORTIZ.

Cuando el Instituto de Estudios «Pedro Suárez» de Guadix, me pidió que redactara una corta biografía de Antonio Domínguez Ortiz, supe que no podía negarme, por mi vinculación a esta ejemplar institución, a la que pertenecía D. Antonio, y por la gratitud y el cariño que tuve y siempre tendré hacia Domínguez Ortiz. Sin embargo, como comenté al presidente de su Junta de Gobierno, el profesor José Manuel Rodríguez Domingo, ya he escrito numerosos artículos abordando ese tema, alguno de gran extensión, como el que se publicó acompañando la reedición de su obra *Alteraciones Andaluzas*, por iniciativa de la Consejería de Educación y Ciencia de la Junta de Andalucía. Por ello me

limito a resumir lo ya publicado en éste y otros trabajos, que cito en la reseña bibliográfica final, con el deseo de que la vida, callada y ejemplar de Domínguez Ortiz se difunda mejor y haga bueno un viejo proverbio que debería tenerse presente siempre: "Ejercer la responsabilidad confiere grandeza al hombre". Sí, Antonio Domínguez Ortiz fue un gran hombre que cumplió al pie de la letra lo que decían las Sagradas Escrituras: tuvo talentos naturales y bondad innata, pero nunca dejó de ejercitar tales dones y él, que era cristiano, pudo responder de sus actos en la tierra con creces. Hoy recuerdo que cuando murió, en el dolor y vacío inmediato a aquella soledad primera, me consolaba leyendo algunos versos de San Juan de la Cruz, y encontré para D. Antonio la frase perfecta: "Al amanecer nos examinará de amor". Yo sé que mi amigo y maestro está en el lugar de los justos, donde quiera que se sitúe, porque al amanecer de un día de enero del año 2003, que nosotros queremos olvidar, él sacó sobresaliente en esa dura asignatura que se llama "Amor".

Nace Antonio Domínguez Ortiz en la ciudad de Sevilla, en el año 1909. Como él me contaba, los años de su infancia no fueron fáciles pero tuvo siempre el apoyo de una familia unida que influyó en forjar los rasgos del carácter de nuestro personaje: firme, constante, honrado, sereno y austero, cristiano sincero, y muy trabajador.

El 18 de octubre de 1909, cuando nace nuestro historiador, el ambiente político nacional continuaba enrarecido por el recuerdo reciente de la "Semana Trágica", que tanta sangre costó a España. El gobierno de Maura estaba herido de muerte, atacado especialmente por los sectores más de izquierda y nacionalistas, y dañado por los penosos avatares de nuestras guerras en el norte de África. Mientras todo esto sucede, el pequeño Antonio, primer hijo de un matrimonio sevillano de clase media, recibe las aguas del bautismo en la parroquia de San Pedro y comienza a mirar lo que le rodea en el domicilio familiar.

Son sus padres Salvador Domínguez Gordillo, natural de Sevilla, y Antonia Ortiz Morilla, de Morón. La familia vive entonces en una casa, hoy desaparecida, de la actual plaza Cristo de Burgos, antes Argüelles. Sobre aquella Sevilla de la infancia y adolescencia de nuestro historiador nada mejor que remitir al lector a un delicioso artículo que escribió D. Antonio, que cito al final, porque yo no podría añadir nada que mejorase lo que él mismo nos contó en este breve pero intenso trabajo. El padre de nuestro historiador había estudiado en la Escuela Normal de Maestros de Sevilla, aunque no ejerció como maestro, un oficio pésimamente pagado a comienzos de nuestro siglo. Para mantener dignamente a su familia, D. Salvador Domínguez orientó su vida profesional hacia el trabajo de tallista y dorador, compaginando labores propiamente artesanales con otras de carácter artístico, restaurando imágenes, retablos, o construyendo algunos de nueva factura en su propio taller, especialmente para los pasos de la Semana Santa de Sevilla y sus pueblos, destruidos muchos en los años de la pasada Guerra Civil de 1936 (caso de Camas, por ejemplo). En estas tareas le ayudará su segundo hijo varón, Francisco, continuador de la tradición familiar, y

ocasionalmente el primogénito Antonio, quien también laboró junto al padre durante algunos años. Tiempo más que sobrado para percatarse de que no era aquel el camino por el que quería transitar el resto de su vida. Y es que el pequeño Antonio Domínguez Ortiz había dado muestras precoces de su afición por los libros, razón por la que acabaría cambiando el oficio de tallista por el de estudiante, profesor e historiador. Pero volvamos a los primeros años de la infancia y adolescencia de nuestro personaje, en aquella Sevilla que crecía rápidamente, y en la que muchos vecinos cambiaban frecuentemente de casa, alquilando alguna de las muchas que se ofertaban antes de la ley que congeló estas rentas, "y cada uno quedó clavado en el lugar donde le sorprendió el fenómeno"².

La familia Domínguez Ortiz, como tantas otras, mudó de residencia varias veces en los primeros años de la vida de nuestro historiador, ocupando viviendas de las collaciones de San Pedro y Santa Catalina, para instalarse definitivamente en una casa de la plaza Ponce de León, lindera a la primitiva iglesia de los Padres Terceros de San Francisco; un traslado que D. Antonio recuerda, pese a ser todavía muy pequeño. La casa se la cedieron al padre a cambio de que, como hermano cofrade, atendiera la que fue hermosa capilla de la Virgen de la Encarnación, hoy arruinada. Antonio Domínguez Ortiz aprende a leer muy tempranamente, sin asistir a ninguna escuela, pues hasta 1918 no lo matricularon en el mismo colegio de los Escolapios en el que estudió su padre. Cuando llegó a este centro, con 8 años, el nuevo alumno ya tenía un nivel tan alto que no tuvo que cursar los primeros grados de primaria. Siempre recordaba los libros de la biblioteca familiar que le despertaron su temprana afición por las letras, y aquel bello y antiguo edificio escolar de los Escolapios en la calle Sol, ubicado en el antiguo palacio de los Ponce de León, pese a que sólo estuvo en él dos años. Sin embargo opinaba que la formación que allí recibió no le marcó especialmente para su posterior vida académica. Sí le marcó para siempre la prematura muerte de su madre, cuando él contaba sólo ocho años y medio; una circunstancia que acaso influyó en su carácter serio, introvertido y muy responsable, ayudando en todo lo que podía en las tareas familiares, sin que ello le impidiera obtener magníficas calificaciones en todas las asignaturas. Porque le gustaban tanto las Letras como las Ciencias.

Con poco más de diez años abandona los Escolapios y se dedica a ayudar en el taller familiar. Allí estuvo hasta cumplir los catorce, cuando comienza a asistir, como alumno oyente al primer curso de la Escuela Normal, dado que no le permitieron matricularse de forma oficial por haber nacido en octubre. Su primera meta sería pues obtener el título de maestro, después de superar los cuatro cursos preceptivos, que él hizo en tres. D. Antonio rememoraba la primitiva sede de la Normal sevillana, en un edificio "mezquino como centro de enseñanza", ubicado en la calle Don Remondo, antes de su traslado a la calle Santa Ana. También recordaba que eran pocos los alumnos matriculados (unos cincuenta, todos varones) y la ideología avanzada de la mayoría de sus profesores. El paso siguiente en su formación académica lo da cuando decide ingresar en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad hispalense. Para ello

tuvo que cursar algunas asignaturas en el único Instituto de Bachillerato que había en Sevilla por entonces, el «San Isidoro». Superadas estas pruebas, en años de intensa agitación social (1929-1932), nuestro historiador realiza los cursos de la licenciatura en la primitiva sede de la Facultad de Letras, ubicado en el antiguo colegio de los Jesuitas, que padecía problemas de dotación espacial y carencias notables en metodología y recursos didácticos. Sin embargo, había a cambio buenos profesores, caso de D. Diego Angulo, D. Jesús Pabón, o el joven giennense D. Juan de Mata Carriazo y Arroquia, muy conocido por sus estudios de la cultura tartésica y descubridor del famoso Tesoro del Carambolo, por citar algunos ejemplos. Durante aquellos años ya era normal encontrar a nuestro historiador trabajando en las bibliotecas sevillanas más importantes, como la Provincial y la Universitaria, y en sus archivos históricos, en los que entonces eran raros los investigadores. Por eso las amistades nacidas en esas horas de archivo quedan en el alma y el pensamiento de nuestro historiador como la mejor recompensa a su trabajo solitario de la juventud. No en vano estos archivos le refuerzan la vocación de historiador, especializándose en esta disciplina y logrando su título de licenciado en Filosofía y Letras, con Premio Extraordinario por su brillante expediente académico. Pero como no estaban los tiempos para lujos, decide presentarse a las primeras oposiciones que convoca la Segunda República, ganando una plaza de maestro en Écija, donde comienza a trabajar en septiembre de 1932, por 250 pesetas al mes. Una primera experiencia docente, grata en su memoria, pero muy breve, dado que pronto obtuvo una beca que le llevó a asistir, en 1933, a los primeros cursos de verano de la recién nacida Universidad de Verano «Menéndez Pelayo» de Santander, que dirigía D. Ramón Menéndez Pidal. Para entonces el ritmo de su vida se acelera: se convocan desde el Estado unos cursos destinados a formar a los profesores especialistas que darían clase en los centros estatales que ha creado la República para cubrir el vacío dejado con el cierre de los colegios religiosos. Seleccionado entre los numerosos aspirantes, nuestro historiador debe trasladarse hasta la Ciudad Condal, alojándose durante un mes en una modesta pensión de la calle Balmes. En la Universidad Central de Barcelona reciben los sesenta cursillistas allí reunidos intensas sesiones de trabajo, inspiradas en las metodologías krausistas del entonces Ministro de Educación, D. Fernando de los Ríos. D. Antonio obtiene el número cuatro de esta promoción, pudiendo así elegir destino: el joven Instituto «Murillo» de Sevilla fue su primera experiencia como profesor de Secundaria, en calidad de «Encargado de Curso», lo que equivalía a una interinidad. Trabajo que simultaneaba con la docencia en la Universidad sevillana, como profesor auxiliar de Historia Moderna y Contemporánea; situación ésta en la que le sorprenden los bruscos virajes de la política de entonces.

La Guerra Civil, con todo el drama que trajo para los españoles, la vive la familia Domínguez en Sevilla, en el hogar familiar, reunidos el padre, los dos hermanos y su hermana Teresa. Nuestro historiador, excelente observador social, me comentó algunos detalles terribles sobre la represión que padecían los ciudadanos. Una represión que tuvo precisamente en los docentes uno de sus lados más amargos. La actividad académica en la Universidad quedó anulada,

funcionando sólo las escuelas e institutos, para dar cierto aire de "normalidad" a aquel cerrado ambiente. Luego vinieron más "depuraciones", de las que nadie se libró. Y así, acabada esta guerra fratricida, llegó la hora de aprender a olvidar y perdonar, para seguir sobreviviendo al menos.

La cátedra de Instituto llega al fin, al convocarse unas oposiciones en 1940. D. Antonio, que está recién casado con la profesora D^a. Magdalena Iglesias, puede elegir destino, dado que obtuvo el número dos en esta oposición: elige el Instituto femenino de Palma de Mallorca. Al año siguiente se publica su primer trabajo de investigación histórica, al que seguirían sus más de 30 libros y 400 artículos, sin mencionar los trabajos menores, gran parte de los cuales los ha dedicado a la Historia de Andalucía. Una producción que puede asombrar a quien no conozca de cerca la disciplina y la capacidad de trabajo que tuvo Domínguez Ortiz, independientemente de la inteligencia natural que le ha regalado la madre naturaleza. D. Antonio volvió a Andalucía en 1942, con destino en el Instituto «Columela» de Cádiz, donde ejerce la docencia el curso 1942-1943. Su actividad investigadora es cada vez más intensa y su nombre comienza a sonar en el ámbito de la historiografía. La actividad universitaria de la ciudad de la Alhambra, sus bibliotecas y archivos, son un aliciente para que se decida a solicitar traslado a Granada, al Instituto «Ganivet», centro en el que ha desarrollado su más larga etapa granadina como docente. Allí trabajó hasta 1959, año en el que pasó al Instituto «Padre Suárez». Pero compaginando siempre docencia e investigación, y realizando su tesis doctoral, que defendió en la Universidad Central de Madrid en 1943. También van llegando en estos años granadinos los primeros reconocimientos públicos a sus méritos.

Entre 1959-1966 Domínguez Ortiz pertenece al claustro de profesores del Instituto «Padre Suárez», aunque estuvo un año como profesor adjunto de Historia de España en la Universidad de Granada, al obtener esta plaza por concurso-oposición (1965). En estos años intensifica su actividad investigadora en España y establece contactos con el exterior, colaborando con otros historiadores de notable prestigio, como Jaime Vicens Vives. En 1966-1967 ejerce la docencia en el recién creado Instituto «Padre Manjón», trasladándose el curso siguiente a Madrid.

En la Villa y Corte recorre nuestro historiador una etapa de intensa actividad creadora. Tras un breve paso por el Instituto «Tirso de Molina», se traslada al «Beatriz Galindo», donde impartió clases hasta la jubilación, en 1979. Un centro educativo que recordaba D. Antonio con mucho cariño. También en los ámbitos culturales del Madrid de aquellos años tuvo nuestro historiador una acogida calurosa: el Instituto de Estudios Madrileños, el Ateneo, o la Real Academia de la Historia, por citar algunos ejemplos, le abrieron sus puertas. Se suman más y más premios y reconocimientos, que no podría enumerar en la brevedad de estas páginas, mientras se hace cada vez más frecuente su imagen en los medios de comunicación, convertido así en un historiador de renombre internacional. Cuando, en 1974, leyó su discurso de ingreso como acadé-

mico de número en la Real Academia de la Historia, aún vivía su padre: D. Salvador Domínguez, casi centenario, seguramente pensaría en la imagen de aquel niño que jugaba en la plaza Ponce de León y que pasaba horas leyendo libros en los remotos días de aquella Sevilla que ya no es, cuando la infancia de un niño era muy corta, y las distancias entre los pueblos de España muy largas. Yo sé que para D. Antonio ese fue uno de los días más felices de su vida, que le compensó de otros amargos, cargados de incompreensión y soledades. Una soledad que volvió a morderle el alma poco después, cuando murió su esposa en 1978.

Su vuelta a Granada en 1981, tras la jubilación, abrió otra página de su vida, seguramente la más fructífera en el campo de la investigación. Los premios y distinciones siguen llegando: Hijo Predilecto y Medalla de Oro de las ciudades de Sevilla y de Granada, Premio «Príncipe de Asturias» de Ciencias Sociales (1982); Premio «Menéndez Pidal» de Investigación Histórica (1986), Doctor «Honoris Causa» en numerosas Universidades; Gran Cruz de la Orden de Alfonso X, «Andaluz Universal» (1983) e «Hijo Predilecto» de Andalucía (1985), por designación de la Junta de Andalucía; «Oficial de las Artes y las Letras de Francia (1985), y premio «María Zambrano» (2003), que no tuvo tiempo de recibir personalmente, entre otros muchos galardones. Los encargos desde editoriales, Universidades y otros centros de investigación tampoco le dieron en esta etapa mucho tiempo para resentirse de su soledad íntima.

En Granada se fueron cicatrizando viejas heridas con el cariño constante de sus familiares y amigos. Los docentes de Instituto tampoco le olvidaron nunca, dando su nombre a un centro en Madrid y otro en Sevilla. Granada fue la ciudad que D. Antonio eligió para vivir en paz sus últimos años, y la que le ha abierto la tierra para que descanse eternamente. Allí ha sido feliz porque tuvo lo que siempre quiso tener. Hoy, en el "Olimpo" universitario que no lo quiso antaño admitir, todos reconocen que Domínguez Ortiz resulta historiográficamente imprescindible. Su triunfo sobre la mediocridad sólo se lo debe a él mismo, a su inmensa capacidad de trabajo, a su tesón y a su dignidad. Por eso, en todos los lugares por donde pasó se le admira y se le respeta. En la ciudad de la Alhambra ha seguido recibiendo distinciones hasta el día de su muerte, aunque él me decía humildemente que le parecían excesivos. De lo que sí estoy plenamente segura es de que no han existido honores capaces de cambiar los ideales profundos que mueven a este historiador sevillano, andaluz y universal llamado Antonio Domínguez Ortiz. Creo que D. Antonio es uno de los pocos hombres libres de veras que conozco, porque nunca bajó el listón de su dignidad, que es el más preciado de los tesoros que tiene un ser humano, y que se sintió orgulloso de jubilarse como Catedrático de Instituto.

Úbeda, 21 de octubre de 2003

BIBLIOGRAFÍA

- BRENAN, Gerald, *Memoria personal (1920-1975)*, Madrid, Alianza, 1984.
- AA.VV., *150 aniversario de la creación de las Enseñanzas Medias en Andalucía*, Jerez de la Frontera, Hespérides, 1995.
- CORTÉS PEÑA, Antonio Luis, *Antonio Domínguez Ortiz: Bibliografía*, Alcalá la Real, Centro de Estudios Históricos «Carmen Juan Lovera», 1996.
- DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio, "La Sevilla de mi adolescencia", en AA.VV., *Mi Sevilla*, Sevilla, Focus, 1995, pp. 105-114.
- MARTÍNEZ SHAW, Carlos , ALFONSO, M. y TARIFA, Adela, "El maestro don Antonio", en *Diario Sevilla (Suplemento cultural)*, 16 de noviembre de 2000.
- TARIFA FERNÁNDEZ, Adela, "Antonio Domínguez Ortiz: semblanza de un historiador andaluz", en DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio, *Alteraciones andaluzas*, Sevilla, Consejería de Educación de la Junta de Andalucía, 1999, pp. 15-74.
- TARIFA FERNÁNDEZ, Adela, "Antonio Domínguez Ortiz, un andaluz universal", en DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio, *Andalucía ayer y hoy*, Málaga, Sarriá, 2002, pp. 4-17.
- TARIFA FERNÁNDEZ, Adela, "Antonio Domínguez Ortiz. Una vida para comprender la historia": *Anuario de Hespérides (Homenaje a Antonio Domínguez Ortiz)* 6 (Sevilla 2000) pp. 15-26.
- TARIFA FERNÁNDEZ, Adela, "Semblanza de Domínguez Ortiz": *El Libro Andaluz* 42 (Sevilla 2002) pp. 28-29.
- TARIFA FERNÁNDEZ, Adela, "Un paseo por Sevilla con Don Antonio Domínguez Ortiz. Entre la Historia y la enciclopedia Álvarez": *Hespérides* (Alcalá la Real 2000) pp. 14-17.
- TARIFA FERNÁNDEZ, Adela, "Biografía de Antonio Domínguez Ortiz": *Íber: Revista de Ciencias Sociales, Geografía e Historia (Homenaje a Antonio Domínguez Ortiz)* 38 (Barcelona 2003) pp. 7-20.
- TARIFA FERNÁNDEZ, Adela, "Cuando se fue el Maestro": *Revista cultural de la Feria de Dos Hermanas*, 2003, pp. 216-218.

NOTAS

1. Antonio DOMÍNGUEZ ORTIZ, *España. Tres milenios de Historia*, Madrid, Marcial Pons, Madrid, 2000, p. 10.
2. Antonio DOMÍNGUEZ ORTIZ, "La Sevilla de mi adolescencia", en AA.VV., *Mi Sevilla*, Sevilla, Focus, 1995, p. 106.